

ABORTO Y EUTANASIA

EMMA GODOY
México

Por milenios ha indignado al mundo cierta página brutal de la Historia Griega, aquella que se refiere a que en Lacedemonia, a los niños recién nacidos que tenían cuerpo defectuoso, se les daba muerte despenándolos desde las cumbres del monte Taigeto. Sócrates, “el príncipe de los filósofos”, padecía configuración irregular, y de haber sido espartano habría corrido tal suerte. . . para mala suerte de la humanidad, que se hubiera perdido de este imponderable. ¡Pésimo criterio el de lo físico para dictaminar quién debe, o no, morir!

Pero hoy en día, en esta cuestión del aborto, ni a tan torpe criterio llegamos. ¡Si se intentara siquiera examinar a la criaturilla para mirar si viene bizca o jibosa, antes de matarla! Pero no. A estos tiernos marginados se les condena sin tribunal, sin verlos ni oírlos y sin abogado defensor. (¿No querría usted ser ese abogado?)

Simplemente la madre, a ciegas, manda asesinar a su bebé pagando para que dentro de ella se lo quemem vivo con una sustancia química, ardiente como el vitriolo; o se lo extraigan con una aspiradora, a pedazos, descuartizándolo; o lo tiren al basurero donde agonice hasta que muera.

Para acallar la conciencia de la mujer, la propaganda política esparce el infundio de que no será asesinato, puesto que no hay tal niño creciendo en las entrañas femeninas, sino que únicamente medra un pedacito de su propia carne, a guisa de tumor, o cosa así. Y mujerzuelas —que no mujeres— abrazan con obstinación esa necia doctrina en cuanto la oyen o la leen, sin discutirla, sin informarse, pues nada se apresura tanto a creer el cobarde como aquella idea que lo disculpa ante sí y lo justifica ante los demás. Desenmascaremos esta falsedad.

Probaré que lo que se está formando en el útero no es una mera prolongación del cuerpo femenino: que allí habita un ser humano distinto de la madre. Y necedad sería imaginarlo como una verruga que podemos a nuestro arbitrio extirpar. ¡Es alguien! Hay un huésped. Un extraño llega al mundo. Ciertamente vivirá en ese nido en calidad

de parásito, ya que se desarrollará a expensas de la mujer, igual que un grano de trigo que el viento plantó en el surco, absorbe la indispensable jugosidad, ¡pero la semilla no es la tierra, ni tampoco el hombre, la matriz! Aunque de la carne de la madre se haya producido el óvulo —la mitad del cigoto—, lo que ahora ella guarda en el vientre se le ha convertido en ajeno. Se ha vuelto diferente, no se identifica con ella, se ha individualizado ya desde el mismísimo instante de la concepción. Lo probaré y de allí deduciremos que si es alguien distinto de la madre, destruirlo será asesinato.

Pero antes, aunque parezca obvio, establezcamos que una vez fusionados óvulo y espermatozoide el huevo es el de un ser humano. Es así porque aquello que determina a cada una de las especies de seres vivos, diferenciándola de todas las demás, estriba en el número de cromosomas de la célula. Y el número del cigoto es 46: el del hombre. (Los cromosomas son unos filamentos en que se descompone el núcleo celular, la yema, en el proceso de dividirse.) Tal huevo no se desarrollará como camello, rana o mariposa, pertenece en plenitud a nuestra especie. Y vale preguntar si tiene derechos. ¿O qué edad se ha fijado para adquirir los derechos humanos, al menos el de vivir? ¿Hasta los 21 años cumplidos, o cuándo?

Tal vez de mayor cuantía será probar que, no después de un tiempo, sino en el momento de la fecundación, la microscópica célula ya no es la madre.

Los mencionados cromosomas encierran, a modo de vaina, un ácido que se conoce como el ADN, abreviando así su difícil nombre: ácido desoxirribonucleico. Esa sustancia, la más extraordinaria y misteriosa que existe en la Naturaleza, es el principio de la vida y transmite también los genes de la herencia.

Si el número de cromosomas diferencia entre sí a las especies, las estructuras diversas del ADN van a diferenciar a los individuos unos de otros.

La molécula del ADN, vista en un ultramicroscopio electrónico, afecta la forma de escalera de caracol, cuyos peldaños son 4 ácidos colocados en pares (adenina, timina, guanina y citosina). Maravillosamente, las distintas disposiciones en que se hallen estas sustancias darán por consecuencia individuos distintos. Simbolicemos cada uno de los ácidos por una letra: a, m, o, r: amor. Si cambiamos el orden, tenemos, ramo, Roma, Omar, mora. Mudada la situación de las letras, las palabras resultaron diferentes. También, según la combinación de los 4 ácidos del ADN, tendremos a individuos diversos, inconfundibles entre sí.

La infinita variedad de ordenamientos de los ácidos en los innume-

rables escaloncillos de la molécula de ADN hace posible que existamos tal cantidad de individuos, cada uno con características absolutamente propias. El ADN es un misteriosísimo código cifrado que da las instrucciones de cómo ha de configurarse cada ser singular: si será alto, inteligente, de grandes ojos, con deficiencias hepática, etc. Esta molécula contiene la receta detallada —700,000 indicaciones— de las características corporales y mentales que nos distinguen a usted y a mí de todos los demás seres. Nuestras escalinatas de caracol son absolutamente personales. Las letras biológicas de nuestros peldaños nos singularizan.

Cada uno de nosotros en su ADAN. (Claro, sin colocarnos en perspectiva metafísica.) Estos genes son la base químico-biológica de la individuación. El ADN funge como plan y plano. Es el proyecto existencial físico en que se asienta la persona. Es nuestra identificación. Todos podemos decir: “Yo soy yo, y lo soy desde el cigoto”. Durante la vida, todas nuestras células, desde las del cerebro hasta las de las uñas, conservan ese mismo ADN, ese instructivo, ese sello insistente que nos individualiza.

Ni siquiera en la etapa del huevo los genes de éste coinciden con los del padre y la madre, aunque sea un producto de ellos, así como el agua no conserva, las propiedades del hidrógeno y el oxígeno que la ocasionaron, sino que muestra caracteres originales. Hay en el cigoto un ADN peculiar que lo define y lo constituye en un ser nuevo, exclusivo, sin par: cada persona es soberanamente única e irrepetible.

Dice Rutherford Platt: “La primera célula es ya el individuo completo, la primera persona del singular de cada uno de nosotros; nuestro ADN estaba preparado para generar, conforme a su plan, el corazón, los pulmones, todo lo que poseemos en el cuerpo individual”.

El huevecito es ya un otro que su progenitora. Luego, a ésta no le asiste ningún derecho de actuar contra aquel huésped alojado en su seno.

Cae por tierra el alegato de que ella, como dueña y señora de su cuerpo, pueda hacer de él lo que quiera. Pues ni esto tampoco le sería lícito: a nadie le está permitido degradar su cuerpo o amputarse una mano por antojo.

Va a desarrollarse el germen, multiplicándose por cariocinesis la célula original que obedece, para configurar el nuevo organismo, precisamente los datos y mandatos de sus genes propios, no el instructivo de los genes maternos. Los genes son destinados, fatum biológico, y los destinos de hijo y madre se separan desde el cigoto. No diga ella, pues, que el individuo que lleva en el vientre le pertenece como uno de sus dientes o dedos. No. La mujer únicamente será la tierra gene-

rosa que proporcione alimento a raíces ajenas. Sólo se concretará a nutrir a un hombre nuevo que como pájaro se le posó en las entrañas. Ella se está convirtiendo en el tabernáculo donde se cela el prodigio de otra vida, que no es la suya.

¡Qué prisa tiene la vida!

Y el embrión se forma rapidísimamente, como por ensalmo, en sus primeras etapas, justo antes que la madre pueda darse cuenta de que se halla encinta.

Cosa sorprendente, lo primero que se desarrollará será el cerebro, y con el cerebro, el corazón. A las tres y media semanas —25 días— de concebida una criatura, ya se han diferenciado los tejidos y posee en esbozo la protuberancia del encéfalo, el sistema nervioso, la tiroides, los ojos, los pulmones, el estómago, los riñones, el hígado, los intestinos. ¡Ah, y el rudimentario corazón ha empezado a latir con fuerza a los 18 días!

Increíble tanta prisa. Pronto se hallará definitivamente formado todo el cuerpecito, y los últimos períodos nada más los dedicará a crecer, fortalecerse y afinarse.

A las 5 ó 6 semanas —30 o 35 días—, cuando la mujer quizás empieza a sospechar el embarazo, ya el niño ha crecido hasta 9 milímetros. La cabeza, por corresponderle dirigir el proceso, aparece monstruosa por desmesurada: ocupa un tercio del volumen total. El bebé ya es capaz de sufrir. En este momento se halla más que nunca expuesto a graves lesiones; verbigracia, si la madre ingiere drogas como la talidomida, el organismo sufriría deterioros irremediables; pero si hasta ciertas secreciones en la sangre de la madre provocadas en las glándulas endocrinas por el miedo, la cólera, etc., pueden afectarlo. Por lo demás, el esqueleto ha empezado a estructurarse, si no con huesos, sí con cartílagos. Se destacan claramente los muñones de brazos y piernas; los brazos crecerán más rápidamente que las piernas, como ocurre con todas las partes que se hallan más próximas al cerebro regidor —que equivale al “nudo vital” de las plantas—. Los residuos se eliminan ya por el intestino. Una vesícula umbilical produce glóbulos rojos, a reserva de que pronto asuman esa función el hígado y la médula ósea. A los lados de la cara, se advierten dos surcos verticales, que formarán parte del oído interno. Y los ojos se encuentran muy adelantados, hasta se ve en ellos el pigmento negro de la retina y el círculo más tenue del cristalino.

A las seis y media semanas —mes y medio— el chiquillo tiene los ojos muy abiertos. Ya posee dedos, los cuales crecen con suma rapi-

dez y han alcanzado hasta la primera articulación, aunque siguen palmados al igual que los de los pies (semejantes a los de los patos y cisnes). El hígado se destaca cada vez más como una masa bulbosa. La boca es pequeña pero tiene labios, lengua naciente y hasta los bultitos de 20 dientecillos de leche. Sus órganos sexuales han empezado a brotar.

El embrión posee ya, aunque en diversas etapas de desarrollo, Todos los Organos del Adulto. . . ¡al mes y medio! Y todavía la madre acaso ni siquiera se halla segura de su preñez.

Si la mujer, de suyo amorosa y exquisita, lograra mirar a ese niño portentoso que, no obstante ser diminuto —un centímetro—, es ya un verdadero niño, ¿se atrevería a matarlo?

Tal vez lo que ocurre es que muchas son ignorantes, no saben esto, no lo sospechan, ni nadie las entera. Pues la malhadada propaganda bien se cuida de callarlo.

Entre guerras y abortos

La cultura occidental se ha vuelto loca de remate; se opone con gran algarabía a restablecer la pena de muerte contra los más torvos criminales, y sí la dicta contra los inocentes.

Por una parte, reprueba el armamentismo bélico y abomina de Hitler; mas por otra, aplaude las carretadas (con cadáveres despedazados) de los hospitales, que están compitiendo con las de aquellos célebres campos de concentración nazi, como el de Auschwitz o Dachau. Y sin contar a Europa, solamente en los Estados Unidos, el número de niños legalmente asesinados sobrepasa ya al monto total de los soldados norteamericanos abatidos en las dos Guerras Mundiales, pero sumados también a todas las campañas en que ha participado ese país desde que existe. ¡Tal matanza en menos de 5 años! Más muertes han causado las madres que las guerras.

La legitimación del aborto es una mortandad sólo comparable a la de la bomba atómica. Y continuará en años venideros la devastación, pues para esta guerra no hay tregua, ni conferencias con el “enemigo” —el niño— para llegar a un arreglo.

Pensemos. Los horrendos crímenes de esas mujeres, si fueran penados por la ley, y por tanto hubieran tenido que hacerse clandestinos, ¿habrían alcanzado tan descomunal cifra?

Y a un bebé se le condena a morir por la simple razón de que estorba. Le estorba a su propia madre. La ley la anima al homicidio y hasta le consagra el egoísmo como virtud que le agradece la sociedad.

Tergiversar el mal haciéndolo aparecer como bien, es lo que pretende la ley pro aborto. Empero, trastocar el mal en bien —valiéndo-

se de falsos argumentos, silenciando verdades, cambiando las ásperas palabras por eufemismos dulzones, como ese de “interrumpir el embarazo”, en vez de “asesinar a mi hijo”— resulta un atentado contra la razón. Contra la razón, cumbre de nuestra esencia, lo que nos distingue del reino animal y nos pone la corona resplandeciente de hombres. La ley abortista viene a ser una embestida contra la inteligencia: la tuerce pretendiendo hacer pasar la injusticia como justa, haciendo valer la perversidad como inocencia. Este volver los valores al revés será siempre un crimen de lesa humanidad.

Pecado contra el Espíritu Santo, lo denomina el cristianismo; y le lanza el anatema de no tener perdón. Ciertamente. Y no es porque Dios se muestre avaro en la misericordia, sino porque la propia persona que confunde el mal con el bien se incapacita a sí misma para desear lavarse de su culpa. Pues la purificación requiere reconocer la falta y deplorarla. Uno se limpia a condición de inflamarse en el deseo de que no hubiera ocurrido jamás aquella hora culpable; uno se redime cuando anhela, anonadar aquel acto detestable. “¡Ay, qué mano pudiera desbaratar lo hecho! Clavar en cada espina una hoja de rosa. / Y convertir el pecho / en una estrella grande y luminosa.” (Juan Ramón Jiménez.) Pero muy otro es el caso de quienes han deteriorado su conciencia moral aceptando las sofisticadas razones que oyen o leen, por convenir a su cobardía no enfrentarse al mal como mal y buscan exculparse ante sí contándose el cuento de que han hecho bien. ¿De qué, pues, habrían de arrepentirse? ¿De qué? Es así como se vuelven irredentos.

Si una mujer abortara a sabiendas de que comete un homicidio, es posible que de tan terrible acto tarde o temprano se doliera y lo lamentara con toda su alma. Claro que entonces sería perdonada. En cambio, aquellos que se mienten, se han condenado a sí mismos a no pedir perdón. Una vez averiada la inteligencia estimativa de los valores, se imposibilita el redimirse al imposibilitar el arrepentimiento. ¿O acaso podrían sentir contrición los verdugos nazis cuando previamente se convencieron a sí mismos de que realizaban una loable labor con las cámaras de gas?

La legitimación del aborto es eso, implica la nefanda confusión del mal con el bien. Añade al delito otro delito peor: su justificación. Hay un empeño satánico en que se aborte sin remordimiento alguno.

Y detrás de los legisladores están los protervos elaboradores de las teorías que alientan a ensayarse en el mal. ¿Por qué tan dóciles los publicistas que hasta colaboran con ellos? Al contrario, salgan lanza en ristre a defender los derechos humanos y la dignidad de toda mujer madre.

Repetimos que abortar sería perdonable, si alguna vez la asesina se bañara en llanto como la Magdalena; pero justificar el aborto no se perdona jamás.

Los legisladores son harto falibles, a menudo andan comprometidos con los bajos intereses políticos o con sus personales pasiones, así que nadie debe pensar que todo lo que permita la ley también lo permite la conciencia.

Y cuando ya no se trata de crímenes aislados cometidos por mujeres ignorantes o malignas, sino que por la legitimación el asunto se ha trocado en crimen social, todos participamos de la culpa. Hemos contribuido a los homicidios, en mayor o menos grado, conforme hayamos luchado poco o nada para evitarlos. Omisión responde como complicidad. Por nuestra decidia nos habremos hecho coautores del enorme delito con el que el país habrá sobrepujado la memorable enfermedad de Babilonia.

Nadie puede quedarse con los brazos cruzados. Nos perseguiría en las pesadillas el espectáculo —que pudimos tratar de impedir— del enjambre de chiquillos sin fuerza para resistirse a que les sean arrancados sus bracitos, sus piernas, su cabeza, con la absorción de la espantosa aspiradora quirúrgica; o la visión inaguantable de bebés quemándose en las sales que se inyectan en el líquido amniótico; o asfixiándose en el bote de la basura. (Muchas enfermeras y cirujanos han salido del quirófano corriendo o gritando como locos, al ver todo el dolor que fueron capaces de causar.)

¿Quién podría nunca más dormir tranquilo? ¿O pasear, o reír, sabiendo que en esa hora en la ciudad se está martirizando a un chiquitín hasta matarlo? Por haber sido cómplices de omisión y haber colaborado con silencio, respiraríamos amargura, beberíamos tragedia, comeríamos tribulación. El llanto que no dejaron emitir a los niños sería un llanto sin fin en nuestras gargantas.

Eugenesia y eutanasia

Y de la eugenesia se sigue la euthanasia. Aclaremos que esto no es siquiera eugenesia: perfeccionar la especie humana permitiendo que sólo nazcan los mejores, los “bien nacidos”. Tampoco es eutanasia: “dulce muerte”, matar sin provocar sufrimiento. Uso ambas palabras por comodidad, aunque el asunto que aquí estamos develando es de puro y simple asesinato. Pero sirven estos dos vocablos para abreviar al decir que del control de los que han de nacer surge enseguida el control de los que han de morir.

Porque si estorba el niño que vendría, más estorban las muchedumbres que ya están en el mundo. Una mujer piensa que otro hijo

es demasiado para la casa; las naciones poderosas considerarán que hay razas, sectores, países atrasados, que están de más en el planeta, que dicen tan apretujado.

Si el criterio para matar al bebé es el del estorbo, por el propio motivo hay que empezar desde luego por eliminar a los retrasados mentales, a los enfermos incurables, a los ancianos, etc. Efectivamente, a muchos ya esto les va pareciendo razonable. Ya hay voces de muerte. Ya hay quienes, junto con lo del aborto, exigen la destrucción de los que sean una carga. Y piensan con lógica, pues una cosa trae por consecuencia la otra: de la eugenesia, la eutanasia.

Su equivocación no está en el razonamiento, sino en la base de la que partieron: en el falso criterio del estorbo. Para mostrar la falacia, extendamos dicha norma porque será más fácil observar el amplificador:

También a la amante le estorban (¡y cuánto!) la esposa y los hijos de su querido; al ambicioso, el rival que le obstaculiza en sus logros; y estorban los medianamente enfermizos, si hay que atenderlos, y el hermano que nos disputa el afecto de los padres. Todos somos un estorbo para alguien. Y en muchos casos hasta más de lo que el niño que naciera estorbaría a su madre. Por consiguiente, si al bebé se le suprime, ¿por qué no también a las otras personas estorbosas?

Siendo lógicos, habremos de actuar como aquel compasivo del cuento de Giovanni Papini, que por caridad se dedicó a asesinar a cuantas personas resultaban molestas para otras; hasta que, acabada su filantrópica tarea, vio que se había quedado solito en el mundo.

Ahora ya constatamos que es el criterio el absurdo y desastroso. No podemos quitar de en medio a un joven, a una anciana, a un niño por nacer, sólo porque le estorban a alguien.

Añadamos que de un bebito anidado en el vientre materno, aún no sabemos siquiera si va a estorbar. Pudiera ser, por lo contrario, que resultara después la alegría de la familia y el cálido gozo de la madre en su vejez; o la muchacha magnánima que batallara contra las injusticias que padecen los pobres; o tal vez la actriz renombrada; o quizás el varón sabio que inventara la forma de acabar con la contaminación de las aguas, ¡qué sé yo!

Mas a estos nenes inmolados en el altar del dios del egoísmo, se les niega toda oportunidad. Son los marginados de los marginados.

Me han referido un ejemplar anecdota. Cuando una señora casada, madre de varios muchachos, fue al consultorio de un eminente médico francés con objeto de que le “interrumpiera el embarazo”, el cirujano le pidió que en la próxima cita no dejara de llevarle a todos sus hijos. Así que ella se presentó con su prole.

—Ahora —dijo el galeno cáusticamente— señáleme usted núsma, señora, a cuál de ellos prefiere que matemos.

Ironía cargada de razón. Porque tan hijo era el oculto como los exhibidos. Y si de eliminar estorbos se trata, sería menos insensato que la madre ejecutara al otro hijo, a ese que no se cansa de inventar disgustos, que ya tuvo su oportunidad y mostró ser una personita insoportable, ¿no es más cuerdo? Entonces, ¿cómo es que ella no se atreve. . . y sí se atreve contra el indefenso?

Agreguemos que hasta resultaría menos inhumano clavarle al hijo ya crecido un puñal en el corazón (hay de asesinatos a asesinatos), pues una cuchillada certera acarrea misericordiosa muerte rápida, mientras que esto de arrancar miembro por miembro a la criatura para poder sacarla de la matriz. . . ! (¡Del claustro que la Naturaleza le otorgó precisamente para defenderla y guardarla, confiando en la dulzura de toda mujer!) O qué decir de ese otro método de igual o peor sevicia: la de abrasarle en un fuego químico la carita y el cuerpo, hasta que retorciéndose agonice y sucumba. O la tortura de morir de hambre, sed y asfixia en el cesto del cirujano. ¿Por qué se ha de elegir para la muerte al niño uterino, que podría ser promesa, en vez de aquel otro que ya demostró ser un sujeto molestísimo?

Tomar de norma el estorbo ha sido la fuente de toda esta catástrofe. Egoísmo, egoísmo. (Lo contrario del amor.)

Mas al egoísmo se le disfraza hasta de caridad y ternura. Temen esa palabra fea pero verdadera. Se oculta el motivo real porque en todo esto repta la cobardía haciendo de las suyas. Así que entre los embustes urdidos para confundir el mal con el bien, los partidarios de Herodes alquímicamente cambian el plomo del crimen por el oro de la bondad, y exclaman: “ ¡No hay que traer a un hijo a sufrir al mundo!” . ¡Vaya! ¡Con que ahora ya no son asesinas, sino madrezuas compasivas! Mas para ellas la repuesta es clara: Todos sufrimos, ¿no es cierto? Así que con esa clase de piedad, no sólo hay que evitar que venga a padecer un niño, habrá que quitar de penas también a los que ya las tienen y, por tanto, deberán lógicamente exterminar a todo el género humano.

¡Qué miedo le tiene nuestra época al dolor! Se ha olvidado de que hay una virtud contra el problema del sufrimiento: se llama valentía. Virtud tan valiosa que de ella derivan las palabras “valor”, “valer”. Y consiste precisamente en la reciedumbre del temple, que se sobrepone a cualquier ligero malestar o a cualquier catástrofe. Al valiente no lo alcanzan las heridas, tiene como un escudo donde se estrellan. La valentía es virtud cardinal en Platón: es la que ejecuta sin titubeos lo que le señala la inteligencia, desdeñando el dolor que puede acarrear-

le. El valiente se halla por encima de la pena, no la considera, no cuenta. Es el invencible porque ha vencido al sufrimiento. Puede gozar de la vida porque no la teme, ni teme la muerte. Es el miedo lo único temible. Por miedo fácilmente nos volvemos crueles —hasta matamos niños o torturamos animales—, o nos convertimos en traidores que vendemos aun lo más sagrado para salvar el pellejo. Mientras que el valiente es confiable, es el triunfador, por eso vale. Y valer, ¿no es, según Alfred Adler, lo más importante de la vida, tanto que el sentimiento de minusvalía nos conduce a las drogas, al suicidio o al sofá del psicoanalista? Es el castigo de los cobardes que no se enfrentan a la verdad. Y si la valentía nos es indispensable para salir avantes en todas las escaramuzas o batallas del vivir, los sinsabores y las tragedias dejan de ser un mal desde que miramos el sufrimiento como una preciosa ocasión de ejercitarnos en la valentía. ¿Habrá pensado la gente — ¡qué va a pensar!— en que el dolor tiene ese sentido, un grandioso sentido: el de hacer crecer el espíritu, de fortificarlo, igual que el duro entrenamiento lo hace con el cuerpo de los atletas? ¿Aceptaría el campeón que se le eximiera de las fatigas, sudores y contusiones?

Que el niño viene a penar. . . también nosotros a “este Valle de Lágrimas” vinimos a eso, y aquí estamos en la vida tan contentos. ¡No nos vayan a querer matar también los compasivos a nosotros! Mejor debieran intentar la valentía; saltar sobre el dolor, como un deporte; volverse atletas victoriosos del espíritu: valer. Entonces entenderían,

Dentro de unos años —no muchos— nos amenazará personalmente la eutanasia. Hoy andan todos muy despreocupados imaginando que lo del aborto no les afecta ni concierne. Y no obstante, con la misma vara con que midamos hoy a los chiquitines, vamos a ser medidos. ¡Cuántos, pero cuántos, se lamentarán de no haber tenido inteligencia para prever y calcular que la otra cara de la eugenesia era la eutanasia! Una vez que se acepte la degollina de bebidos inculpables, se desencadenará cualquier carnicería con el pretexto de que está el mundo sobrepoblado. Con los niños se ha inaugurado el permiso de matar. ¿Y no hay ciertas clases de multitudes evidentemente entorpecedoras del desarrollo de las naciones? Algún gobernante dirá que usurpan el espacio en este planeta asaz pletórico, que están robando a otros el escaso alimento, consumiendo el agua potable, el aire. . . ¡A exterminarlas, pues! (Y allí se van también los pájaros del campo, los animalitos domésticos y hasta los árboles de la ciudad que, según dicen, absorben demasiada agua subterránea.) ¿Eutanasia? Sin el “eu”, basta con Thánatos, a secas.

¿Se hará con cámara de gas y piadosas inyecciones anestésicas? Pero tales técnicas cuestan muy caro, además estamos ahorrando ener-

géticos, ¡y hay tanta gente de sobra: millones y millones! Tendrán que encontrar las autoridades otros métodos menos gravosos para la economía internacional. Podemos imaginarlos: que por grupos nos abandonen sin agua en mitad del desierto, o nos ahoguen en los océanos, o nos lancen al precipicio improvisando Taigetos de cualquier montaña, o. . . De todas maneras, serán sistemas menos crueles que los que hoy se aplican en el aborto.

Un mundo en el que las madres a sangre fría y sin remordimientos, asesinan a sus propios hijos, ¿de qué no será capaz? ¡Si la madre, que ha sido el emblema de la ternura. . . !*

¿Y qué funcionario público será el que dictamine (¡a saber con qué criterio!) si usted sirve, o usted estorba?

Ya nadie se sentirá seguro. Sólo los valientes esperarán serenos la sentencia. Para los demás, esta Tierra nuestra se habrá convertido en el planeta del terror, de las tinieblas, del rechinar de dientes.

Probablemente se designaría a los ancianos entre los primeros condenados a la última pena, con los dementes, los idiotas, los incurables. ¡Qué pánico acercarse a la edad de la jubilación! ¿Será júbilo, o será sentencia?

También son un lastre los muchachos drogadictos y los vagos, ¡y qué diremos de los borrachines! Hay que extirpar a estas calamidades sociales que impiden avanzar al país.

Y aunque para entonces usted todavía se sienta joven y apto, será suficiente una ligera enfermedad para que entre en sospecha de si le estarán ocultando misericordiosamente el diagnóstico de un mal irremediable. Y echaría a correr como alma que lleva el diablo, ante la salutífera jeringa con vitaminas que le quisiera administrar su médico, y hasta rehusaría probar la sopa (¿envenenada?) que le ofreciera cariñosamente una mano amiga.

Vivirían todos aterrados, temblando, histéricos. . . y eso, el tiempo que por gracia y merced les concediera vivir el funcionario de marras. Temerían por cosas inocuas en sí, como la de habitar una ciudad sobrepoblada, no sea que la quieran diezmar; o por pertenecer por la

* Fue el feminismo. Tuvo que ser el feminismo: únicamente en esa coyuntura le habrá crecido a la mujer tanto el egoísmo, que le devoró al amor. Ya perdido en lo hondo el corazón —que es la puerta abierta a los otros—, ya nadie (¡ni el hijo!) le interesa sino en función de su placer. Vacía, sólo le quedó la piel para el goce superficial de la lujuria, que es egoísmo, que no es amor.

Nunca más inmadura que cuando se cree más liberada: amor es madurez; egoísmo, regresión a la infancia.

Hemos de ser las propias mujeres quienes volvamos a las feministas a su sano juicio, para que todas nos revaloremos y otra vez nos revistamos de la augusta dignidad de ser el sexo grande, el sublime, el del amor.

sangre a una raza indeseable; o por irse haciendo viejos. Pues a muchos les parece que son un fardo para el progreso nuestros indios mexicanos, tan perezosos y prolíferos; a los poderosos países supradesarrollados les estorbamos las masas de rezago del Tercer Mundo; a ciertas naciones les resultan cargantes los judíos o los negros.

Quien acepte hoy que se legalice el asesinato del niño está aceptando implícitamente que en un mañana próximo se legalice el pogrom, el genocidio, el gran exterminio: que establezcan la devastación, el egoísmo, el odio y la furia. ¡Thánatos, el dios de la muerte, a la vista! Ya empezó su lúgubre labor en el vientre de las madres, luego la proseguirá con nuestras cabezas. Y si alguien no lo ve así y hasta cree que exagero, será porque le falta ponerse a pensar, o es miope mental y ve las cosas cercanas pero carece de aptitud para mirar en la lejanía las consecuencias.

Me he quedado corta en la descripción de las tinieblas que están inventando las naciones: “En los últimos días —anuncia el Apocalipsis— se cernirá sobre la faz de la Tierra una tribulación como jamás se ha visto”. No atraigamos voluntariamente esos días del gran pavor. Detengamos hoy mismo a los 4 jinetes siniestros con el broquel luminoso de los derechos del niño, de los derechos humanos, del derecho de la Naturaleza, del derecho de Dios.

¿Por qué no gritarle al mundo: ¡Viva la Vida!? Quede vencida la noche con la fulgurante espada del amor.